



“¡Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!”

Luke 24,34

“¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!” En todo el mundo el anuncio de la Pascua suena de nuevo, y suena como ha sonado antes casi 2000 veces. Jesús de Nazaret, crucificado para que todos lo vieran, ha salido de la tumba lleno de vida. Pero Él no se ha ido a vivir en una dimensión lejana e inaccesible, porque Él no nos ha dejado a nuestra suerte en este valle de lágrimas. No. Así como Él se despojó de sí mismo para morir por nosotros, así Él se ha llenado de vida—Él ha resucitado—por nosotros. El Señor Jesús ha venido a nosotros de entre los muertos para compartir su victoria con los que le enviaron a la Cruz. En la víspera de su resurrección Él exhala su vida-dando su Espíritu que da vida para dar a su Iglesia el poder de liberarnos de los pecados que lo clavaron en la cruz. Arrepiéntanse y perdonen, nos levantamos de ellos a vivir en el corazón de la nueva vida del Resucitado que está en medio de nosotros.

De antemano Jesús dijo a sus discípulos que Él iba a morir y resucitar, y se preguntaban unos a otros lo que significaría “resucitar de entre los muertos”. Ellos no lo sabían y no lo podían saber—hasta que se toparon con la realidad inconfundible e inevitable frente a ellos. Así es con nosotros. No podemos entender la resurrección si nos mantenemos a distancia, neutrales y sin comprometernos. Como Tomás el incrédulo, tenemos que acercarnos lo suficiente para poder tocar el misterio, lo suficientemente cerca para saber por la fe que Jesús fue herido por nosotros. Sólo entonces podremos tomar la decisión de vivir la vida por Aquel que nos amó y se entregó por nosotros. “Cristo ha resucitado verdaderamente.” Él vive y ahora vive en nosotros.

La paz pascual a todos ustedes.

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica Diocesana del 7 de abril de 2013.